La voz de la amistad

Nuni

En un rincón del sur de Chile, en una plaza con columpios y resbalines algo desteñidos por el sol y la lluvia, juega una niña de trenzas color chocolate y ojos dulces. Se llama Calíope, y como el más original y ronroneante de los sombreros, lleva siempre en la cabeza a su gato Yoch.

Bajo la luz del anochecer en Aysén, que tiñe el cielo de lilas, la mamá de Calíope se acerca a indicarle que es hora de cenar. Es diciembre y como es de esperarse en esa latitud, oscurece tarde, muchísimo más tarde que en otras partes del país. Hoy, Calíope, a quien su mamá llama cariñosamente Cali, tuvo el último día de clases del año y por fin comienzan las anheladas vacaciones.

Para ella es un alivio. Nunca logra conectar bien con niños de su edad, y para qué hablar de los adultos... Siempre ha encontrado reconfortante la soledad. Además, piensa que es mejor así, pues nadie la mira con lástima.

Lo que la gente no comprende es que una persona no puede extrañar lo que nunca ha tenido. Ella se siente muy parecida a las demás personas, pero todos la hacen parecer como si viviera una horrible tragedia de la cual no puede escapar. Los niños la tildan de "bicho raro" y los adultos siempre la miran con esos ojos cargados de pena.

Es agotador tener que aguantarlo. No hay nadie, más allá de su familia que la trate como una niña normal –y aun así, a veces escucha a su madre llorar por las noches en voz baja–. Y bueno, quizás no lo es –quizás nadie lo es del todo–, pero Cali odia, realmente odia, que sientan pena por ella.

Cali considera que las personas hablan mucho y escuchan poco, muy poco. Siempre piensa que los seres humanos tienen dos orejas y dos ojos, pero una sola boca. Por lo tanto, es muy importante saber escuchar y observar atentamente a las personas. Ella, al no poder hablar, siente que tiene los demás sentidos bastante más

desarrollados –o al menos eso piensa, ya que tampoco sabe lo que es tenerlos todos en pleno funcionamiento.

Quizás es eso, o que desde siempre las personas hablan a su alrededor como si ella no estuviera presente. Entonces, puede escuchar muchas cosas y juntarlas con expresiones faciales, movimientos corporales, tonos de voz y demás detalles –ya es una experta. Sabe muy bien cómo piensan las personas y qué significan muchas de sus acciones y palabras no dichas.

De todo eso, ella aprende la importancia de las expresiones faciales. Las ocupa mucho a veces para convencer a la gente, otras veces para ocultar lo que realmente siente, y bueno, en general para evocar sentimientos en los demás.

De cena hay porotos con riendas. ¡A Cali le encantan! Es una de sus comidas favoritas, y más si tienen longanizas. Mientras sus padres se pierden en alguna conversación de adultos, Cali piensa en todos los libros que leerá en las vacaciones y comienza a hacer un listado mental, uno muy largo y emocionante.

En eso se da cuenta de que su madre le habla: “Cali, necesito que me acompañes a comprar verduras mañana”. Haciendo una pequeña vuelta con los ojos, Cali asiente con la cabeza. Ella quería comenzar con su lectura al día siguiente, pero puede retrasarlo un poco. Su madre es tan buena y cocina tan rico y la quiere tanto. La madre de Cali –Paula– es una mujer menudita, de pelo negro y nariz un poco grande. Comparten los mismos ojos dulces. Mientras, el papá de Cali, Juan, es más bien guatón, con facciones anchas y una risa contagiosa. Con él, ella comparte su gran sentido del humor. Nadie la hace reír tanto como su papá Juan. “Mañana el papá tiene que ir a Coyhaique por unos trámites, así que volverá en la noche”, explica Paula. “¡Tendremos un día de chicas!”, agrega con entusiasmo.

Posponer aún más la lectura, piensa Cali con un suspiro. Agh, genial.

Al día siguiente, la mañana amanece nublada, pero no hace frío y el aire huele a tierra mojada y a promesas de verano. Sorprendentemente, Cali despierta

más emocionada de lo que esperaba. Tiene el presentimiento, de que este será un día especial.

De desayuno, Cali y su mamá toman té y comen tortilla de rescoldo calentita y recién hecha. Después de eso, toman el carrito de la feria y se van a por las verduras.

En Aysén, como en muchos pueblos chicos, casi todos se conocen o al menos se ubican. Por lo que, llegando al bazar de verduras y cachureos, las chicas se ven detenidas cada dos por tres para saludar a algún conocido. Menos mal, esta vez son pocas las personas con las que Cali y su mamá tienen que detenerse a conversar largo y tendido. En un momento, la mamá de Cali se queda conversando animadamente con un señor mayor que, si Calíope mal no recuerda, es amigo de su tío abuelo. En eso, su mamá le dice: “Cali, por favor, anda al puesto de la señora Rosa y avanza comprando los tomates y las cebollas”. Entonces, Cali sale corriendo hacia su puesto favorito de la feria. La señora Rosa es la persona que, una vez al mes, va a hacer el aseo profundo en su casa, pero Cali la conoce desde que tiene uso de razón. Para ella, es como una abuela postiza. Cada vez que tiene la oportunidad de verla, la aprovecha. Rosa es dulce, amable y muy chistosa. Además, nunca la mira con esos ojos de lástima y siempre la trata como la niña que es.

Llegando al puesto, una mata de rulos dorados como el sol llama la atención de Calíope. Es un niño más o menos de su misma edad, pero ella jamás lo ha visto antes por el pueblo. Cali asume que viene de visita.

Al llegar donde Rosa, esta la saluda con su voz cálida: “¡Qué linda mi niña! ¿Cómo ha estado?”. Cali le señala con un gesto que bien, pero sus ojos no se encuentran con los de Rosa. Está distraída con el chico que, la verdad, no pega ni junta mucho en ese lugar.

Rosa se da cuenta y le dice en voz baja: “Se llama Diego. Su familia es de Santiago y han decidido venirse a vivir acá por el trabajo de su mamá”. *No es como que me interese mucho*, dice Cali con la mirada. Rosa ríe suavemente y sacude la cabeza hacia los lados, diciendo “ajá”.

Una vez en casa, después de ayudar a guardar las verduras, Cali le comunica a su mamá que en realidad hoy sólo quiere jugar un rato y leer. Paula, que entiende muy bien a su hija, le dice que no hay ningún problema.

Cali decide ir a la plaza que está cerca de su casa a columpiarse un rato y mirar el paisaje. A estas alturas del día, el cielo ya se ha despejado por completo y la temperatura comienza a subir agradablemente.

Desde un costado, algo le llama la atención: *¡los rulos dorados!* Es Diego, que viene caminando tranquilamente hacia los juegos. Hacen contacto visual por un instante, y Cali rápidamente baja la mirada al piso, sintiendo cómo su cara comienza a arder. Diego se acerca y le dice con una voz amigable: “Hola, me llamo Diego. Soy nuevo acá”. Cali asiente con la cabeza y le dedica una pequeña sonrisa.

Diego le pregunta: “¿Y tú cómo te llamas?”. Cali solo sacude la cabeza de un lado a otro.

“¿Acaso te comió la lengua el ratón?”, bromea él. Cali se le queda mirando fijamente y luego sube los hombros, como diciendo *algo así*.

De cerca, Diego se ve muy cansado. Tiene unas ligeras bolsas bajo los ojos y se le marcan bastante los pómulos, como si no hubiera dormido bien.

Diego se sienta en el columpio de al lado y le dice con naturalidad: “Está bien si no quieres hablar. Podemos compartir el silencio”. *Eso de compartir el silencio me gusta, piensa Cali, pero quizás no por los mismos motivos que él cree.*

Después de lo que parece muy poco tiempo, pero que en realidad son varios minutos de tranquilo vaivén, Cali le toca el hombro. Con lenguaje de señas, le dice su nombre.

Por una fracción de segundo, los ojos de Diego se agrandan como platos. Pero su sorpresa es rápidamente reemplazada por una sonrisa amplia y genuina. “¡Qué bacán!”, exclama él. “Siempre he querido aprender lenguaje de señas, ¡y ahora es la oportunidad perfecta!”, dice con una gran sonrisa. “Por ahora no te voy a entender mucho, pero juntémonos aquí mañana y traeré un manual con los significados de las señas. ¡De verdad quiero saber tu nombre!”.

Ahora es el turno de Cali de verse sorprendida, muy sorprendida. Esta no es para nada la reacción que espera. Está acostumbrada al prejuicio o a la lástima, pero jamás, jamás a esto...

Al día siguiente, Cali llega a la plaza con Yoch sobre su cabeza, quien bosteza con elegancia. Diego ya la espera, sentado en el mismo columpio, con un pequeño libro de tapas gastadas en las manos. Sus ojos brillan cuando la ve. Juegan un rato en los columpios, tratando de llegar más alto que el otro, y luego Diego, con el manual en mano, le hace las más rebuscadas de las preguntas, intentando descifrar cada seña que Cali le enseña. Pasean por los alrededores del pueblo, Yoch se tambalea con gracia en la cabeza de Cali hasta que Diego, entre risas, se atreve y se pone el gato-sombrero él mismo. Yoch, sorprendentemente, ronronea contento. Las risas de ambos resuenan por las calles tranquilas.

De pronto, una jauría de perros callejeros, con más hambre que ganas de jugar, les cierra el paso ladrando con fuerza. Diego se pone pálido, pero Cali, acostumbrada a los quiltros del pueblo, agarra una piedra, hace como que la va a lanzar y grita con todas sus fuerzas un "¡Sshhhhttt, fuera de aquí!" que no es hablado, pero que los perros entienden perfectamente, porque va acompañado de una mirada feroz. Los perros, desconcertados por la niña valiente y el gato que parece flotar sobre el niño, retroceden y se van con la cola entre las patas. Diego la mira con admiración. "¡Eres bacán!".

Con el paso de los días, Cali nota que Diego se ve cada vez más desvanecido, como un dibujo al que le están borrando los colores. Un día, lo invita a almorzar a su casa. Paula, su mamá, lo recibe con su habitual calidez, pero pronto su sonrisa se tiñe de preocupación al ver lo delgado y pálido que está el niño. "Diego, cariño, ¿te sientes bien?", le pregunta con dulzura mientras sirve la cazuela humeante. Él sonrío de una manera nostálgica, una sonrisa que no llega del todo a sus ojos, y asiente con la cabeza. Ese día, después del almuerzo, Paula se ofrece a llevar a Diego a su casa, mientras deja a Calíope haciendo la ensalada para la

once. Cuando Paula vuelve, tiene toda la cara hinchada y los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado un mar entero. Cali no comprende qué pasó, pero Paula solo la abraza fuerte y le dice que la mamá de Diego le contó algo, algo muy triste, pero que no es su lugar contárselo.

Al día siguiente, el sol brilla con menos fuerza para Cali. Se junta con Diego en su rincón de la plaza y, con el corazón en un puño, le pregunta con señas qué pasó, por qué su mamá estaba tan triste. Diego la mira, sus ojos grandes ahora parecen aún más profundos. Con una calma que estremece, le confiesa que tiene leucemia. Explica con palabras sencillas que es un tipo de cáncer en la sangre y que vino a Aysén para disfrutar su último tiempo, porque ya no tiene cura. Le confiesa también lo mucho que valora su amistad, que jamás se imaginó conocer a alguien como ella, alguien que lo entendiera sin palabras. Cali siente cómo las lágrimas empiezan a brotar sin control, nublando su vista. Diego también llora, en silencio. Hacen un pacto de amistad, entrelazando sus meñiques, para mantenerse como mejores amigos por siempre, pase lo que pase.

Deciden hacer una lista de todas las cosas divertidas que quieren hacer ese verano, una lista para cumplirla antes de que termine. Y así, todos los días se ven. Hacen actividades distintas: desde manualidades con greda que sacan del río, hasta intentar hacer pizza casera que termina un poco quemada pero deliciosa, incluso se las arreglan para que un pescador amigo los suba un ratito a su bote para sentir el viento del lago en la cara, las risas no les faltan y los buenos momentos menos. Pero con cada día que pasa, Diego se ve más cansado, su piel más grisácea. Cali siente una pena y un miedo que le aprietan el pecho, pero no quiere demostrarlo. Quiere aprovechar al máximo cada segundo que tienen juntos.

Un día, Diego le dice que no se siente muy bien y que comenzará a quedarse en cama. Entonces, acuerdan que Cali irá a su casa y se harán compañía leyendo. Pasan los días, y ambos leen mucho, sumergidos en

aventuras de papel. A Cali le dan permiso para dormir en casa de Diego casi todos los días. Ya tiene su pequeña cama de campaña instalada al lado de la suya. Una noche, mientras la luna se asoma curiosa por la ventana, ambos miran el cielo estrellado en silencio. Diego, con la voz apenas audible, le dice a Cali que no le queda mucho tiempo, pero que no se preocupe, porque la vendrá a visitar como un pajarito loica, con su pecho rojo brillante. Cali llora en silencio, apretando su mano, y le dice con señas que sería una verdadera afortunada de tener semejante visita.

Al día siguiente, Cali tiene que volver a su casa a buscar más ropa. Ya lleva toda la semana en casa de Diego, y su mamá Paula pasa a buscarla para armar otro bolso. Al despedirse, Diego le da el abrazo más grande y apretado que jamás ha recibido, y luego un besito suave en la mejilla, un gesto que Cali recibe por primera vez y que la hace sentir calidez en el corazón. De igual manera, ella le devuelve el beso en su frente, con el más genuino amor de su alma. Cali le señala que solo va y vuelve rápido, pero Diego la hace prometer, engancho sus meñiques una vez más, que no se olvide de su promesa de amistad. Ella le asegura que eso jamás pasaría. Diego cierra los ojos y le comenta que está muy cansado, que dormirá una siesta mientras Cali va y viene.

Una vez en casa, su papá Juan la abraza fuerte y le dice que la ha extrañado mucho. Aprovechan de almorzar como la familia que son, los tres juntos, antes de que la vayan a dejar nuevamente donde Diego. Cali les cuenta todos los libros que han leído, sus manos moviéndose con entusiasmo. Ansiosa por volver, levanta todo muy rápido después de comer y va a su pieza a buscar su bolso con ropa limpia. Siente angustia en el estómago, y es en eso, mientras admira las vistas desde su ventana brevemente antes de tomar su bolso, una loica, con su pecho rojo encendido, se posa en el marco. Aquel pajarito la queda mirando fijamente, inclinando su cabecita. En ese preciso instante, la mamá de Cali abre la puerta de su pieza. Al voltearse, Cali ve a Paula con la cara empapada en lágrimas, llorando desconsoladamente.